

Hoja informativa n° 100 • septiembre 2020
De la obra solidaria que Fratista (Escuela Bíblica de Madrid)
realiza en Tamahú, Guatemala

Contra viento y marea

FÁTIMA GUZMÁN

Dicen que es en la adversidad donde se forjan los héroes. Nuestra misión de Tamahú jamás ha suspirado por heroicidades. Sí lo ha hecho en cambio por mantener firme su timón, aunque sea contra viento y marea. Tal es, en efecto, lo que tratamos de hacer en estos tiempos convulsos donde casi todos hablan mucho y muy pocos saben algo. Lo único constatable es que, si los datos oficiales no nos engañan, Guatemala va retornando a la normalidad por más que le quede aún mucho recorrido antes de alcanzarla. El signo más elocuente es sin duda la reapertura de su aeropuerto internacional, cerrado desde el pasado 16 de marzo. Si se cumplen los auspicios, el próximo 1 de septiembre reanudará su actividad.

Se debe a la pandemia el que un sinnúmero de actividades, tanto a nivel nacional como local, se hayan visto seriamente afectadas. Gracias a medidas bastante drásticas, la mortandad en todo el país se ha mantenido por debajo de las 3.000 víctimas. Pero



Personas agraciadas con una despensa del P. Denis



Las Hermanas, registrando a una familia

ello ha exigido pagar un peaje, que se ha dejado sentir ante todo en los desplazamientos. Así se explica que nuestra pastoral de enfermos haya sufrido serios reveses. De hecho, el centro de rehabilitación (Cobán) se ha mantenido cerrado durante bastante tiempo. Y al reabrirse, lo está haciendo con suma cautela. Ciertamente seguimos mandando discapacitados a Fundabiem. Pero allí solo son admitidos a cuentagotas. Por fortuna los controles cada vez son más flexibles por lo que –de no surgir imprevistos– en poco tiempo se espera recobrar la normalidad.

Es sobre todo gracias a la entrega y tenacidad de nuestro representante Raúl Leal que los pacientes de Asumta-Fratista jamás se han visto desatendidos. Si no se les podía trasladar al centro de rehabilitación, él hablaba con sus doctores, los cuales –vía telefónica– le indicaban la medicación pertinente. Y Raúl, cual si le fuera en ello la vida,

siempre ha logrado que cada paciente reciba en su momento las medicinas.

Ya lo dice el refrán: “No hay mal que por bien no venga”. Lo hemos visto en la incondicional implicación de cuantos (párroco y hermanas) están inmersos en la labor pastoral. A ellos, igual que a nosotros, la pandemia nos ha impelido a entender que, hoy por hoy, la mejor catequesis estriba en dar de comer al hambriento. Y por desgracia la hambruna se ha ido adueñando de numerosos indígenas, diseminados en una serie de aldeas y caseríos esparcidos por toda la sierra. En un principio, se pensó que el covid-19 sería como una tormenta de verano. Hemos visto que no es así. Por eso, estimulados por sus envites, todos nos hemos puesto las pilas, dedicándonos a repartir alimentos entre las personas más necesitadas.



Ella también merece atención

Fratista se siente muy feliz al saberse en condiciones de ofrecer una ingente cantidad de bolsas de comida. Lo hace a través de las Hermanas Misioneras de la Eucaristía, del P. Denis (párroco) y también (¡cómo no!) de nuestro fiel representante, Raúl. Entre todos, durante el mes de agosto, han distribuido unas 600 despensas de víveres. Con ello, aunque no se erradique, cuando menos se atempera la desnutrición de quienes viven en los más alejados rincones de la sierra. Nos hemos encontrado con situaciones casi trágicas. Así lo atestigua el hecho de que muchas personas, incluso bastante ancianas, no tengan reparo de caminar casi siete horas (ida y vuelta) para recoger una simple despensa de víveres. Hasta la fecha, Fratista ha costeado unas 2.500. Y no hemos llegado aún al final.

Les esfuerzos que han de hacer las Hermanas vienen expuestos por Hna. Modesta. Pero nadie consigna la labor del P. Denis. Por eso me siento obligada a hacerlo con suma brevedad. Es él quien acompaña en su vehículo de doble tracción a las Hnas., cuantas veces transportan los víveres hasta un lugar concreto de la sierra, en el que previamente han citado a los indígenas. Mas ello no le impide llevar, por su cuenta y riesgo, una considerable cantidad de bolsas que con todo mimo y cariño distribuye entre los campesinos de las comunidades más incomunicadas. Y, según nos ha indicado, sigue con ánimos para continuar ejerciendo de repartidor, o mejor, de papá Noël, aunque aún estén algo lejanas las navidades. Fratista obviamente no dejará de apoyarle.

Tampoco le falta quehacer a nivel parroquial. Con su habitual flema me ha compartido que en un solo día se vio precisado a celebrar nada menos que seis eucaristías. Y es que, al levantarse la veda, se intensificó la demanda. Esa también se dejó sentir en la misa dominical de las 0:9.00 horas. Por experiencia, sé que a ella suelen acudir más de quinientas personas. Pues bien, así lo hicieron tan pronto como se flexibilizó la normativa. La parroquia distribuyó mascarillas a quienes no las llevaban. Era un control indispensable que exigía a su vez limitar dentro de la iglesia el aforo a un 50%. Al ver el P. Denis que en un santiamén se le había llenado el templo, trató de convencerles para que la mitad salieran afuera, asistiendo a la misa desde la explanada. ¿Qué ocurrió? El enojo fue de un tono más que subido. El buen párroco tuvo que templar gaitas para evitar que el pandemónium sumiera en el caos a su feligresía. No es fácil ser párroco



El gozo de saberse agraciadas con una bolsa

de Tamahú.

Al margen del reparto de despensas, Fratisa se está implicando –cada vez más– en la construcción de casitas. Ello se debe a que, con motivo de las visitas comunitarias, se está viendo que son muchas las familias cuyo habitáculo amenaza ruina. Por otra parte, indigna constatar que seres humanos vivan con tanta precariedad. Algunas casas más bien parecen pocilgas. ¡Algo hay que hacer! Fratisa, recogiendo el guante, le ha pedido a Raúl que, en la medida de lo posible, se vayan levantando unas dos viviendas cada mes. Y así lo está haciendo. Hasta el momento 16 casitas llevan el sello de Fratisa. Mas, para que nadie se llame a engaño, me parece oportuno clarificar en qué consisten nuestras ofertas. En realidad, construimos dos tipos de casas:

1. Viviendas de bloque de hormigón.

Así son las nueve que hemos regalado a la comunidad de Pancoj. Nuestra intención era que su caserío tuviera otra faz. Son bastante dignas: cimientos, bloques de hormigón, separación interior, fogón, una puerta, dos ventanas y pavimento encementado. Sus 35 metros cuadrados la convierten en una más que envidiable morada familiar. Su costo es de unos 3.000€. A ello hemos querido añadirle: canalización y depósito para el agua (300€); panel solar (250€); letrina (200€). El costo total de cada casa ronda en torno a los 3.750 €.

2. Viviendas de madera

Son bastante más sencillas. Aunque sus dimensiones sean variables (depende del número de personas que integran la familia), en general se ajustan al modelo de vivienda que priva en las aldeas. Están hechas de madera, con la techumbre de lámina. Por supuesto, no tienen comparación con las anteriores. Estas duran de por vida, mientras que las otras difícilmente logran superar los ocho años. En los caseríos, casi todas las viviendas son de maderamen. Y ello por dos razones: precio y viabilidad. Al carecer de caminos, resulta casi imposible servir el material de construcción (cemento, hierro, bloques de hormigón...). Ello nos invita a apostar por simples viviendas de madera. A nosotros nos parecen bastante precarias. Para ellos son como palacetes. Sobre todo, para quienes viven en condiciones infrahumanas. El costo de una casita así es de unos 600€. Hemos levantado siete y esperamos continuar mientras no se vacíen nuestras alcancías.

Por cierto, si alguno de nuestros lectores se animara a apadrinar o amadrinar una nueva casita, no creo errado asegurarle que Dios se lo premiará con creces.

¡Fratisa somos todos!



Doy gracias a Dios porque se han acordado de mí

En Yuxilhá también está Dios

MODESTA CHUTÁ

Las Hermanas Misioneras de la Eucaristía, desde hace bastantes años, mantenemos nuestra misión de Tamahú. Siempre habíamos tenido en ella una comunidad de tres religiosas. Pero, desde hace varios meses, hemos abierto una nueva comunidad en la casa que un par de años antes nos había construido Fratisa para convertirla en un centro de evangelización. Somos, por tanto, seis las

religiosas que actualmente laboramos en esa zona de Guatemala donde –siempre lo habíamos sabido–
campa a sus anchas la extrema pobreza. Mas aun sabiéndolo, nos hemos quedado estupefactas al visitar
diversas aldeas y caseríos donde el simple hecho de sobrevivir hasta casi parece un lujo. Máxime en
estos azarosos tiempos de pandemia.

Aunque todas las comunidades indígenas nos hayan impresionado por su carencia de atención, quiero
resaltar el impacto que me causó el caserío de Yuxilhá. Fue en él
donde tuve la oportunidad de sentir muy cercano a Dios. Lo
descubrí en la desventura de varias familias que se hallan en un
total desamparo. Me preguntaba cómo podían mantener su ente-
reza, e incluso su sonrisa, cuando apenas disponen de un boca-
do con el que calmar su hambre. Nosotras también somos indí-
genas. Y, desde nuestra niñez, hemos aprendido a convivir con
las privaciones. Pero nunca nos han faltado las tortillas de maíz.
Pues bien, en ese caserío vi que eran varias las familias cuyas
reservas de maíz se habían agotado y, sin embargo, mantenían
muy viva su fe en la providencia divina. Ello me ayudó a entender
que en Yuxilhá también está Dios.

Me impactó sobre todo la desdicha de Margarita Chen, una
madre de familia con dos hijitos, cuyo esposo lleva dos años en
la cárcel, quedándole aún otros cuatro de reclusión. Fue el cate-
quista Alfredo Cho quien nos encaminó hasta su vivienda. Era
una mísera chabola, fosca e insalubre, donde toda la familia con-
vivía con unos cuantos polluelos, destinados a sazonar un caldo
cuando llegara el momento. Me sorprendió gratamente constatar
que en una chocita así (no más de doce metros cuadrados) pudiera sentirse tan cercana el aura de lo
divino. Me hubiera gustado sacar alguna foto, pero era tal su oscuridad que ni siquiera lo intenté. Sí
conseguí filmar –con la ayuda de Hna. Felisa– un video tan deslucido como elocuente. Se lo mandé de
inmediato a Fátima preguntándole si Fratisa podría financiar la construcción de una casita para que
Margarita y sus hijos no se quedaran de un día para otro a la intemperie. Y es que su chabola amenaza
con caerse. Parece casi un prodigio que no lo haya hecho aún. Me dio mucho gusto saber que Fratisa se



Un peso que se soporta con sumo gusto

mostraba dispuesta a correr con los gastos ocasionados por levantar una pequeña vivienda para tan infortunada familia.



El delicioso momento de espera

Yuxilhá es solo un botón de muestra. El resto de
las comunidades serranas vibra en la misma fre-
cuencia. En ellas se hace lo que proceda con tal de
conseguir comer. Me ha tocado ver cómo perso-
nas (incluso ancianas) no tienen inconveniente en
caminar casi tres horas para recibir una bolsa de
víveres. Y, por supuesto, las otras tres de regreso
han de hacerlas con la carga y de subida. No les
importa. ¿Cómo es posible que unos seres huma-
nos vivan (en pleno siglo XXI) como esa mayoría

de indígenas esparcidos a lo largo y ancho de nuestra serranía? Es la pregunta que todos solemos
hacernos. ¡Ojalá fuéramos capaces de encontrarle respuesta!

Fue el contacto directo con tan crudas realidades lo que nos impulsó a solicitar el apoyo económico de
Fratisa, cuya respuesta no podemos por menos de agradecer. Ella ha hecho posible que, durante el mes
de agosto, hayamos repartido otras 400 bolsas de alimentos. Gratifica mucho ver cómo agradecen las

atenciones. Y no es para menos. La experiencia testifica, en efecto, que nadie ha hecho nada por ellos. Con nosotras comprueban que no solo hacemos promesas. Las acompañamos también con hechos. Y eso les cala hasta lo más hondo del alma.

Para nosotras, lo más difícil no es el reparto de comida sino el previo estudio de campo, pues nos exige contactar con cada familia para discernir entre ellas cuáles son las más necesitadas. Y comprobar a su vez que no reciban ayudas de otra parte (¡ojalá las recibieran!). Ello nos exige hacer muy largas caminatas y soportar a veces el ímpetu de las tormentas. Lo hacemos con gusto mas no sin esfuerzo. Este mes quiero compartirles algunos de nuestros recorridos por diversos caseríos. Me limito a resaltar los aspectos más relevantes, pues todo acaba siendo un poco más de lo mismo.

Caserío “Nueva Concepción”

En él la mayoría de las personas son evangélicas, lo cual puede ser motivo de recelo no por parte nuestra sino suya. Solo tres familias son católicas. Viven en un lugar aislado y el camino es de peldaño. Caminamos como 45 minutos para llegar hasta la primera casa. Desde ella tuvimos que ascender a través de un sinuoso sendero, por el que nos sentíamos a punto de ir al barranco, pues todo el terreno

era muy resbaloso. Las personas del caserío son muy pobres. Algunas se ven obligadas a vivir con sus familiares, pues no disponen de dinero para levantar su propia vivienda. Las propiedades suelen formar parte de una finca, cuyo dueño en su momento les donó un terrentito. Mas, al ir creciendo los hijos y contraer matrimonio, se ven precisados a vivir con sus papás con el lógico e inevitable hacinamiento. Y obviamente esos terrenos, además de ser muy pequeños, acostumbran a estar en el lugar más inhóspito de la finca.



No solo comida, también cariño



Una de las comunidades elegidas para ofrecerles despensa

Como los miembros del concejo son evangélicos, no nos hicieron demasiado caso. Les preguntamos quién era el cocode (líder) para hablar con él. Al estar ausente, nos dirigimos a su esposa para suplicarle que nos encaminara hacia otro de los líderes, pero no quiso hacerlo. Fue entonces cuando nos encontramos con doña Juana Caal que es católica. Y ella nos guio para ir conociendo a las familias más necesitadas. Me ha llamado la atención que, a pesar de su pobreza y de nuestras ansias de ayudarles, nos topamos con la cerrazón de quienes dicen ser evangélicos. ¿Tiene la religión fuerza para unir o más bien para separar? A veces no resulta fácil saberlo.

En “Nueva Concepción” dialogamos sobre todo con dos familias católicas. Una de ellas se mostró algo desencantada porque, en su momento, se les había prometido levantarles una vivienda, pero todo quedó en pura palabrería. Por su parte, doña Juana también nos compartió sus desdichas. Ella había pasado mucho tiempo en una finca. Al casarse sus hijos, decidió vivir con una de sus hijas, ya que no disponía de ningún terreno. Esa hija acabó casándose con un pastor protestante, el cual le permitió ocupar un rincón de su covacha, donde tiene su pequeña cama y pugna por sobrevivir.

En realidad, casi todos los terrenos son propiedad de los finqueros, los cuales no acostumbran a mostrar mucho interés por los campesinos que trabajan en ellos. Tal es el motivo por el que muchos viajan hasta Honduras para recolectar allá el café. Al menos logran reunir unos cuatro euros al día y con eso

sobreviven. Pero ahora, a causa de la pandemia, no pueden ni siquiera viajar. Y eso hace que su situación sea casi desesperada. O al menos es la impresión que a nosotras nos causó. No cesamos de preguntarnos: ¿Cómo es posible que tantas personas vivan en una situación inhumana? Pero es la pura y cruda realidad.

Panzub

Es una comunidad a la que no resulta fácil llegar porque carece de caminos. Se encuentra casi escondida en la zona más remota de la sierra. Tuvimos que andar más de dos horas para llegar hasta allí. Sus habitantes son todos campesinos. En tiempos normales viven del trabajo que hacen para algún finquero. Pero ahora no hay posibilidad de laborar. Por eso comparten una resignación rayana en el desespero. Se les ve tristes y cabizbajos. No pudieron ocultar su alegría al vernos llegar. Nos dijeron que nadie se interesa por ellos. Al no disponer de caminos, viven completamente aislados. Aunque, en realidad, todos precisen ayuda, nos conmovieron sobre todo dos casos:

1. Una señora, llamada Tomasa Xol Cuc, viuda, que sufrió un accidente hace ya bastante tiempo. Tiene 76 años y no puede caminar. Solo con la ayuda de un bastón logra salir de su casa. Sus hijos la han abandonado. A veces alguna nieta le hace el favor de visitarla y ocuparse un poquito de ella. Cuenta también con el apoyo de algunas vecinas que le ofrecen algo de comida. Y así consigue subsistir. Pero con mucha tristeza.
2. También nos sobrecogió el caso de una señora que es madre soltera. Al abandonarla su marido porque se fue con otra mujer, se quedó con tres hijos a los que debe alimentar. Ella es muy pobre y su casita da pena. Para arrostrar su situación, buscó el apoyo de su mamá, la cual se mantiene vendiendo cal. Pero hace poco, regresando de su venta, se cayó, se fracturó el pie y no puede moverse. Es una situación realmente dramática.

No creo que resulte difícil imaginarse el júbilo de esas personas al garantizarles una bolsa de alimentos. Es lo único que les podemos brindar. Pienso que también les gratifica saber que alguien se interesa por ellos. Somos nosotras y, sobre todo, es Fratisa. Esta, aunque a distancia, consigue aliviar bastantes penurias. A nosotras nos encanta ayudar. Pensamos que haciéndolo ponemos en práctica el mensaje evangélico.



El ansiado momento del reparto

Visitas a Chiquim, Popajab y Santa Elisa

Acompañadas por la profesora Emma, de Chiquim, decidimos visitar a las familias más necesitadas de estas comunidades que colindan con Onquilhá. Y en nuestra visita pudimos conocer las lindes de cada aldea. Nos llamó la atención el hecho de que sus casitas se encuentren enclavadas en la vegetación. Cada familia vive en un obligado aislamiento, dado que su chabola se encuentra a unos quince minutos de la más próxima. Esto, visto desde lejos, se antoja hasta idílico. Pero, al aproximarse, se ve cuán dura resulta la vida en condiciones así. La mayoría de las familias nos recibieron con alegría. Y esta se intensificó al prometerles una bolsa de víveres. Huelga decir que, el día del reparto, nadie faltó.

El P. Denis generosamente continúa apoyándonos a la hora de distribuir los alimentos. Los de Popajab y Santa Elisa los recogieron en la escuelita de Asumta, en Tamahú. Aprovecho la oportunidad para agradecer a D. Vinicio Gamarra, presidente de Asumta, la amabilidad con que siempre nos recibe y la gentileza

de prestarnos sus locales para el reparto de bolsas. Esos momentos suelen resultar inolvidables, sobre todo por la gratitud que expresan los beneficiados, los cuales se encuentran en paro forzoso. Son bastantes quienes trabajan en la capital, pero han tenido que regresar a sus hogares a causa de la pandemia. Hemos comentado en una reunión con las hermanas y P. Denis que sería bueno, no solo dar cosas, sino también impulsar pequeños proyectos donde percibieran algunos ingresos con los que sobrevivir. Vemos que casi todas las mujeres saben tejer y muchos hombres son expertos en carpintería. Sin embargo, a la hora de vender sus productos, apenas consiguen cubrir gastos. Sería estupendo poner en marcha una cooperativa que les permitiera sacar ciertos beneficios. Creemos que, aun sin estar mal repartir peces, es preferible enseñar a pescar. Con la ayuda de Dios, trataremos de hacerlo.

Como experiencia personal puedo compartirles que las subidas a las aldeas nos resultan bastante costosas. Estamos en la época de lluvias y los senderos son muy resbalosos. Pero estoy segura que muchas personas oran por nosotras, pues hasta la fecha nadie se ha lastimado. Solo hemos tenido algunas caídas, lo cual resulta casi inevitable dada la escabrosidad del terreno. Pero Dios nos protege. Al principio yo tenía miedo por la pandemia, pero al final ya no. El paisaje es excepcionalmente bello a causa de la exuberante vegetación. Aunque el calor se acuse y el cansancio también, es para nosotras una oportunidad única de contactar con cada una de las familias, cuyos dramas Dios nos permite pulsar de cerca. A veces se nos parte el alma al ver cómo viven: falta alarmante de higiene, sin agua y sin luz, a la espera de un mañana mejor. Nos ha sobrecogido la cantidad de mujeres abandonadas por sus esposos así como los casos de enfermedad. Gracias al apoyo de D. Raúl Leal, estamos logrando que varias personas enfermas reciban medicinas y terapias.



Hna. Modesta en el momento del reparto

Dios bendiga a Fratisa por colaborar de manera tan eficaz en un intento de erradicar la pobreza. Sabemos que, hoy por hoy, es impensable lograrlo. Pero tenemos claro que Dios premia los esfuerzos de cuantos, con su cooperación monetaria, contribuyen a que algunas familias no se derrumben. La pobreza extrema es muy mala compañera. Lo percibimos a diario cuando, dialogando con los aldeanos, vemos cómo muchos lloran en silencio su desventura. Pero aún así sacan fuerza de flaqueza para seguir sonriendo a la vida.

Durante el mes de septiembre estaremos en nuestra casa madre de S. Andrés Semetabaj, donde tendremos unas convivencias encaminadas a elegir a nuestra nueva superiora general. Pedimos oraciones para que Dios nos ayude a designar a quien mejor pueda encaminarnos en nuestro compromiso con los más pobres entre los pobres. En octubre esperamos estar de nuevo al pie del cañón, dispuestas a seguir ofreciendo nuestras ayudas, siempre en connivencia con Fratisa.

Ayuda humanitaria Agosto 2020

RAÚL LEAL

Fátima, desde que ha explotado la pandemia, no cesa de reiterarme que Fratisa –sin descuidar la pastoral de enfermos– desea intensificar su proyecto de ayuda humanitaria mientras sigamos viviendo en esa situación tan anómala. Ello me ha motivado para repartir más alimentos. Soy consciente de que nuestra gente está atravesando un momento angustioso, sobre todo en las aldeas y caseríos de la sierra, donde no hay ni trabajo ni posibilidad de ganar algo para conseguir comida.

Para que la distribución de víveres resulte lo más equitativa y eficaz posible, he de realizar un previo estudio de campo. Sé que, entre los indígenas serranos, abunda la pobreza. Pero no todos la acusan por

un igual. Me parece elemental, antes de ofrecer despensas, conocer de cerca las coyunturas de cada familia. Es la única forma de fijar criterios de discernimiento. Pues bien, al recorrer los caseríos en busca de candidatos para ofrecerles ayuda, he comprobado que algunas familias viven casi a la intemperie. Sus hogares son covachas inmundas donde se carece casi de todo y no se tiene casi de nada.

Ha sido tal mi impacto que le he comentado a Fátima el apremio de construir algunas casitas para quienes se hallan en extrema necesidad. Ella no solo me ha dado luz verde, sino que me ha animado a levantarlas cuanto antes. Y así lo intento hacer. Obviamente se me ha fijado un límite: no más de dos casas al mes. Procuero ajustarme a él. En agosto, hemos levantado una en el caserío de Concepción de María y otra en el de Onquilhá. Trataré de exponerlo con brevedad.

Una vivienda para la familia Maquín Quej

Desde un principio me llamó la atención su casi total desvalimiento. En un terrenito heredado de sus padres, han levantado unas láminas que pugnan por mantenerse en pie. Y a eso lo llaman vivienda. Son ocho de familia: Alfredo (el padre - 33 años) y Estela (la madre - 30 años). La pareja tiene seis hijos: Sergio Gonzalo (13 años), Cesar Anibal (11 años), Josué Atoniel (9 años), Dalia Maritza (7 años), María Eliana (4 años) y Alfredo Alexander (1 ½ años).

Alfredo es contratado por días para laborar en el poblado, donde realiza trabajos agrícolas para sostener a su familia. Es analfabeto e indica no haber asistido jamás a la escuela. Al dialogar con él, me expuso las dificultades con las que topa para conseguir leña, pues el dueño de la finca donde tiene su casita se lo prohibió. Quería también reparar y mejorar su hogar, pero no dispone de medios para hacerlo. Me dio pena y decidí convertirlos en candidatos para recibir un nuevo habitáculo. Así se lo expuse a Fátima, que me hizo llegar de inmediato el dinero para la compra de los materiales. Eso era ya mucho, pero no era todo. Hacía falta conseguir la mano de obra gratuita. Para ello, tenía varias opciones:



Aquí vivía la familia Maquín Quej



Aquí vivirá la familia Maquín Quej

1. Los vecinos de la familia; 2. Los dos hermanos de Alfredo; 3. Los miembros de alguna comunidad religiosa, bien católica bien evangélica; 4. Los pancojenses, que ya me habían ayudado a levantar la casa para la familia Fidalgo Cahuec. Esta última opción se me anto-

jaba la más asequible, pues podía comprarles a ellos la madera, con lo que recibirían una sustanciosa ayuda económica. Tras sopesar pros y contras, opté por esta alternativa. Y debo decir, en honor a la verdad, que mis amigos de Pancoj nunca me decepcionan. Todo lo contrario: hacen siempre gala de mucha entrega y pundonor. Pienso que es su forma de expresar su agradecimiento.

Ultimados los detalles, se decidió iniciar la obra el 13 de agosto. El día amaneció lluvioso. Pero ello no impidió que los muchachos de Pancoj estuvieran ya esperándome. Al llegar, los noté algo mohinos. Se debía sin duda a la bruma que la lluvia suele generar. Mas, una vez iniciada la labor, se les olvidó su tristeza y –entre chanzas y donaires– trabajaron con ahínco. Solo se interrumpió la labor al mediodía,

cuando decidimos almorzar. Ellos habían traído la comida que compartimos con fruición. Por la tarde, seguimos con nuestra faena hasta las 17:30. Pronto comenzaría a oscurecer. Ya el sol nos había regalado su presencia, oreando nuestras almas. Se despidieron de mí con la sonrisa puesta, diciéndome que llegarían a sus hogares no antes de las 21:00. Aunque Pancoj colinde con Concepción de María, las distancias son considerables, sobre todo si hay que hacerlas a pie.



Los Ramones no se quedan sin su despensa

Al día siguiente, de nuevo me estaban esperando. Sin pérdida de tiempo, reanudamos el trabajo. Al mediodía, una nueva pausa para compartir el almuerzo que los nuevos dueños nos habían preparado. Y ya entrada la tarde, pude hacer la entrega de su hogar a la familia Maquín Quej, cuyo júbilo resulta fácil de imaginar. Una nueva casa, terminada. Y van quince.

El reparto de alimentos

Llevaba ya varios días analizando la situación de distintas familias, cuya extrema pobreza me resultaba casi ofensiva. Vi que estaban sumidas en una preocupante desnutrición. Son cosas que, aunque sabidas, impactan cuando se las contempla de cerca. Previa selección de candidatos, los cité en los locales de Asumta donde cada cual recibiría su despensa. Sé que nuestros indígenas acostumbran a alborozarse cuando se tiene algún detalle con ellos. Mas nunca me imaginé que recibieran con tanta avidez la noticia de un próximo reparto de alimentos. Por supuesto que en el día convenido nadie faltó a su cita.

A la hora acordada, en las instalaciones de Asumta, con la ayuda de Margarita, Ángela y su hija Naomi, así como con la presencia de Francisca (Panchi), y después de dar los lineamientos respectivos de distancia social a las personas beneficiadas, se procedió a hacerles entrega de sus despensas. Estas contenían los alimentos básicos, pues nuestro objetivo se cifra en fortalecer a los integrantes de la familia con los nutrientes más eficaces para combatir la desnutrición.

El reparto se hizo de acuerdo con el siguiente criterio: 29 bolsas por un costo de Q150.00. (para las familias con al menos 5 miembros); 19 Bolsas por un costo de Q100.00 (para las familias con 4 miembros o menos); por último, 50 bolsas por un costo de Q75.00 (personas que se tienen por sector y en su mayoría son del área poblacional). El monto total de los alimentos repartidos fue de Q10,000.00 exactos. El evento resultó tan pesado como gratificante. Por fortuna conté con el apoyo de las cuatro personas antes mencionadas, las cuales hicieron que todo se pudiera efectuar con orden y provecho. Disfruté al ver lo contentos que se marchaban los beneficiados. Dios quiso que ese día no lloviera, por lo que sin duda el regreso les resultaría algo más cómodo, aun cuando la mayoría tuviera que desandar las casi tres hechas al amanecer para estar a tiempo en Tamahú. Fue un evento entrañable.



Raúl hace saber quién patrocina las bolsas

La nueva casa para la familia Cho Quej

Está integrada por siete miembros. Disponen que una vivienda muy humilde que se encuentra ubicada en el límite entre los caseríos de Onquilhá y Comonhoj, siendo la última casita construida en la parte alta

de Onquilhá, a unas tres horas a pie. Se encuentra media hora antes de llegar a la casa de don Lorenzo Tul y su sobrina. Para llegar, es preciso desviarse hacia el lado derecho tomando una vereda, para ascender pasando por varias casas (como las de don Rodolfo y don Antonio), siendo como una parcela en donde viven varias familias. Los integrantes de la familia beneficiada con esta nueva vivienda son: Óscar (el padre - 37 años) y Clara (la madre - 37 años). La pareja tiene cinco hijos: Marvin Bernabé (17 años), Glendy Filomena (15 años), Ángel Gabriel (12 años), Anderson Rafael (8 años) y Telma Oralia (5 años).

Óscar se dedica a las labores agrícolas, viajando con frecuencia a Honduras para el corte del café. Pero a causa de la pandemia no lo ha podido hacer. Con lo que gana suele mantener a su familia, dando



Aquí vivía la familia Cho Que

incluso estudios a sus hijos. Me indica que actualmente no tiene ningún ingreso. Solo debe buscar para la comida, y no sabe cómo hacer para costear el estudio de su hijo mayor, que está cursando cuarto de bachillerato. Se le dificulta bastante en vista a que debe disponer de un buen celular con saldo, pues ahora se dan muchas clases “on line”. Espera que abran pronto las fronteras del país para aventurarse nuevamente hacia la república vecina y ganar un par de quetzalitos.

La coordinación para levantar la casa resultó algo complicada a causa de la mano de obra. Se buscaron varias alternativas. Al fin se impuso la lógica y la sensatez, implicando a algunos parientes. También se contrató a tres trabajadores para que la obra se terminara cuanto antes. Para formalizar esta contrata, la familia tuvo que conseguir un préstamo. No le resultó fácil, pero lo logró. Y, con todos los requisitos ya cumplidos, se dio comienzo a la construcción. Tuve que sortear también algunos obstáculos para que el material

estuviera disponible en su momento. Sabiendo, en efecto, que en el camino iba a encontrarme con mucha maquinaria pesada, ya que están asfaltando un sector, me puse previamente de acuerdo con los obreros, los cuales me permitieron pasar en el momento convenido.



Aquí vivirá la familia Cho Quej

Al iniciarse los trabajos, no pude estar presente, pues tenía el compromiso de llevar a nuestros discapacitados a Cobán. Solo por la tarde me personé en la obra, terminando mi visita ya de noche (20:00 horas). Vi que todo estaba bien coordinado. Al día siguiente, me esforcé en activar la labor, por más que –según pude ver–

los trabajadores cumplían muy bien con su cometido. Fue una jornada muy intensa donde la estructura y el ensamblaje del maderamen quedaron ultimados.

Para el tercer día se dejó la finalización de la techumbre y el remate de los detalles. Tuvimos un almuerzo en común, pero no fue tan bullanguero como en otras ocasiones, donde todos éramos gentes conocidas y amigas. Sin embargo, al finalizar, observé bastante animación, con lo que quedé muy satisfecho, ya que entre nosotros siempre impera la camaradería. A media tarde pude hacer entrega de la vivienda a sus nuevos propietarios. No ocultaron su alegría, pues –en particular los chiquillos– celebraban con alborozo disponer de un hogar más amplio, más luminoso y, sobre todo, más limpio. Con esta, son ya dieciséis las viviendas patrocinadas por Fratisa.

A la construcción no le faltó su anécdota. A causa de la maquinaria para el asfaltado, en el camino había muchos pedruscos y montones de grava. Pues bien, en el descenso, nuestro fletero iba sorteando los obstáculos cuando de repente se le atravesó un perrito. Sin tiempo para frenar y esquivarlo, lo arrolló quedando muerto en el acto. Casi de inmediato surgieron –como por arte de magia– unos cinco aldeanos (entre ellos su dueño) provistos de machetes y con el ceño fruncido. Recriminaron al piloto exigiéndole una cantidad desorbitada como indemnización por el chucho. Al piloto le entró miedo, pues sus ademanes no eran nada amistosos. Tuve que intervenir, dialogar con mucha calma y, además de pedirles disculpas, ofrecerles la inevitable compensación económica. El trato se fijó al fin en unos 20€. ¡Gracias a Dios! Esa gente no suele andarse con bromas.

Pastoral de enfermos Agosto 2020

RAÚL LEAL

Aunque a veces pudiera parecer que digo casi lo mismo, son –como dirían los cineastas– exigencias del guion. No voy a insistir más en el tema de la pandemia. Solo añadir que, por fortuna, se van flexibilizando las normas. Ello incide obviamente en el protocolo con nuestros pacientes. Dado que el centro de rehabilitación de Cobán estuvo durante algún tiempo cerrado, su reactivación se va haciendo de forma gradual, de tal modo que no todos nuestros pacientes pueden ser atendidos en él. Para nosotros, los discapacitados ocupan un lugar preferente. Mas aun así, no siempre resulta viable ofrecerles la atención que merecen.

Durante el mes de agosto hemos podido hacer ya bastante. Se han efectuado varios viajes a Cobán, pero no han sido infructuosos. Más bien osaría afirmar que mi tesón ha tenido ciertas compensaciones. Veo, de hecho, con júbilo que nuestros pacientes han recibido un trato muy correcto, a veces hasta casi privilegiado. Para no extenderme, paso sin más a consignar los hechos más relevantes.

El preocupante caso de Emilio Bol

El P. Felipe me pidió visitar a ese señor, a quien él había atendido anteriormente. Me



A la espera de iniciar las terapias

hizo saber que estaba muy grave, pues había sufrido un derrame. Ese mismo día, al regresar de Cobán, me acerqué hasta el domicilio de D. Emilio (74 años), encontrándolo en un estado de total postración. En vista de que se le habían inmovilizado tanto la pierna como el brazo derecho, me comuniqué con Fundabiem, solicitando una consulta urgente. Aunque me atendieron con afabilidad, me indicaron que ellos no están aún autorizados (restricciones por

el covid-19) para atender a personas mayores de 60 años. Por tal motivo, solo podían ponerlo en lista de espera y el día que se les permitiera admitir a los ancianos, con todo gusto le brindarían la debida atención. Así se lo indiqué al interesado.

Sintiéndolo mucho, poco pudimos hacer por ese buen señor. Le animé a que se quedara en su casa y tratara de masticar chicle, pues me preocupaba ver cómo el lado derecho de su rostro estaba a punto de quedársele dormido. Pido a Dios que cuanto antes se puedan aplicar terapias a las personas mayores, pues me da mucha pena ver cómo D. Emilio se está consumiendo en su casa, sin que nada podamos



Uno de nuestros pacientes, recibiendo su terapia

hacer por él. Tengo, no obstante, muy claro que Dios le ofrecerá su ayuda. Y con ella aguantará hasta que pueda ser atendido por el equipo médico de Fundabiem. Pienso que se ha perdido una batalla, pero no una guerra. Con un poco de aguante, todo se arreglará. ¡Primero Dios!

Traslado de pacientes

A mediados de mes, en Fundabiem me solicitaron trasladar a los siguientes: Anderson, Dawson Ibrahim



Con la leche pediátrica no cesa de mejorar

y Bella Daniela. Los tres fueron inscritos en una nueva fase de rehabilitación. Ello me permite vislumbrar que poco a poco se va normalizando el protocolo. Así pues, si todo sigue tal como espero y deseo, cada lunes y miércoles estaré trasladando a esos tres niños para que reanuden sus interrumpidas terapias. Por otra parte, los martes van a quedar reservados para incorporar a nuevos pacientes. Tal es, entre otros, el caso de César Amílcar, que está en silla de ruedas, paralizado por haber recibido impactos de arma de fuego en un asalto que sufrió en la capital. Aun cuando todavía no he recibido confirmación de que podrá ser atendido, quiero convencerme de que así será, pues solo la rehabilitación podrá devolverle parte al menos de su movilidad.

Me encuentro también con el triste caso de Cristopher Fredy Mac Cárcamo (5 años), quien está a la espera de diagnóstico. El especialista me indicó que el niño

necesitará un tratamiento especial y no la simple terapia rehabilitadora. A su entender, debe ser atendido por “Edecri”, otra institución similar, no sin haberlo antes llevado a la capital para que allí un especialista, con los aparatos adecuados, dictamine cuál es su diagnóstico genético. Pero parece que eso solo puede hacerse en la capital. Trataremos de que el pequeño Cristopher no quede desatendido. A quien sí me aceptaron en Fundabiem, fue al niño Jimy, de Chiquim Guaxcux, el cual deberá asistir todos los martes. Sigo pendiente de que acepten (creo que así será) a los siguientes niños: Maryori Alejandra Bin Pitán, del poblado de Tamahú, Idalia Claudina Ichich Cahuec, de Chiquim y Geidy Elizabeth Cucul Cha, de Concepción de María. Los tres están ávidos de reanudar sus terapias.



Jimy va contento a su terapia

En uno de mis viajes a Cobán, procedí a recoger los expedientes de Florinda y Franklin Co Job, de Onquilhá y el de Ángel Job Ichich, de Chipacay. Los tres habían sido trasladados previamente al hospital de Neurología y Epilepsia, donde se les había hecho un encefalograma. Asimismo, hace apenas unos días procedí al traslado de los pacientes Germán Jonathan Quej Alvizuriz, de Naxombal, Dolores Ichich Och, de Cabilhá y Lorenzo Caal Ichich, de Onquilhá. Los tres han sido sometidos a un encefalograma, con lo que se han agilizado las diligencias. Y así, cuando nos den luz verde en Fundabiem, podremos inscribirlos en el nuevo ciclo de terapias. A veces es algo complejo tapar varias goteras a la vez. Pero veo que Dios no cesa de ayudarme. Con su apoyo, el horizonte cada vez se irá despejando más.

Visitas a distintos pacientes.

Lo dice el refrán: “Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña”. Al ver que no podía llevar a todos nuestros pacientes para que recibieran la debida atención en Cobán, vi claro que era yo quien debía visitarlos a ellos, aunque solo fuera para interesarme por su salud. Así lo pensé y así lo hice.



Felices, las mamás con la leche para sus bebés

Primeramente, visité a las familias Ichich Yaxcal y Cho Quej, ambas de Onquilhá. Otro día me personé en la comunidad de san Jorge (jurisdicción de Tucurú) para interesarme por dos ancianitos. Me conmovió su situación, pero no pude hacer nada por ellos, pues quedaban fuera de mi área de acción. De retorno, pasé por la casa del joven Belder Bernabé Chiquim Ja, a quien había llevado en su momento a la capital. Y, como final de recorrido, me acerqué al hogar de dos ancianos (Marciano y esposa) que se sintieron muy halagados por mi visita y sobre todo por mi interés.

En otra ocasión, decidí visitar a Leonardo Quib. Este de inmediato me suplicó que le hiciera el gran favor de regalarle diez pliegos de lámina, pues su techumbre estaba llena de goterones. Y la lámina que la cubre está ya corroída. Complacerle no fue difícil. También me resultó gratificante la visita a Josefina Tot, interesándome por su hija Ana Mac Tot, de 12 años. Esta tiene un lipoma en la espalda. No padece de epilepsia, como en un principio se le había diagnosticado. En cambio, su hermana mayor sí que la padecía. Tenía muchos espasmos y convulsiones, pero falleció hace un año. Tranquilité a Ana, garantizándole que, tan pronto como se restablezcan los servicios de salud en los hospitales, la llevaré a consulta externa para revisar su lipoma y evitar que dañe los nervios principales de su columna.

La urgencia de Douglas Fredy

La semana pasada, al regresar de Cobán, en mi casa ya me esperaba Domingo Cucul Coy, con un bebé en su maletero y acompañado de una niña. Inmediatamente me abordó solicitándome ayuda de leche pediátrica. Me indicó que era de Onquilhá donde le habían dicho que me buscara, ya que yo ofrecía leche para los bebés. Me hizo saber que hace dos meses había fallecido su esposa (María Pop Pec), quedándose él a cargo de cinco niños. Al solicitarle que me enseñara su bebé, me percaté que estaba muy malito. El niño lloraba por tener hambre, manifestándome que le daban agua de maíz en su pacha (biberón) como único alimento. Le proporcioné seis botes de incaparina y varios pañales desechables. Sin pérdida de tiempo telefoneé a la Dra. pediatra de Cobán, con la que coordinamos que al día siguiente ella lo estaría viendo. Tuve asimismo que comunicarme con Vinicio, pidiéndole que me desembolsara más capital, pues iba a ser necesario para cubrir esta emergencia.

Al otro día, procedí a ir con mi vehículo hasta donde se acabase el camino, que en principio debería haber sido muy cerca de Onquilhá. Pero por situaciones de lluvia y trabajos, el carro se me atascó con riesgo de embarrancarse. Por fortuna algunas personas de la comunidad me ayudaron a sacarlo. Al fin, pude recoger en el caserío a los niños Anderson, Dawson y también a Douglas Fredy, con sus respectivos acompañantes. Dado que la pediatra me había ofrecido varias alternativas, opté por la que consideré más adecuada.



La desnutrición de Douglas Fredy

Trasladé a Douglas a las emergencias del hospital regional con la esperanza de que la Procuraduría General de la Nación se hiciera cargo de él. Pero allí se me aconsejó llevarlo al Centro Nutricional de san Cristóbal. Así lo hice y el bebé fue muy bien atendido. Tuve que dejarlo ingresado, con la garantía de que en mejores manos no podía quedar. Flanqueado por su padre y demás acompañantes, recogí a los pacientes que se habían quedado en Fundabiem, Y, al percatarme de que el estómago de mis adláteres estaba vacío, compré algo de comida para todos, dejándolos después en el mismo punto donde los había recogido por la mañana. Respiré tranquilo, di gracias a Dios... y me dije: ¡misión cumplida!

Para facilitar el seguimiento del movimiento de pacientes durante el mes de agosto, me permito brindar el siguiente cuadro sinóptico:

RESUMEN

Descripción	Total	Concepto
Discapacitados	11	Asisten a Fundabiem
Epilépticos	10	Reciben medicinas
Neurología	03	Encefalograma
Leche Pediátrica	09	Bebés
Pago de recetas	04	Pacientes
Varios	05	Ayudas y emergencias
Extrema desnutrición	01	Douglas Fredy

Tañendo la campana

EMILIO ÁLVAREZ FRÍAS

Hoy presentamos el número 100 de *Fratista en Tamahú*, la Hoja Informativa a través de la que *Fratista* comunica a sus bienhechores lo que se va haciendo en aquellas tierras hermanas de Guatemala, que un lejano día España incorporó a la civilización occidental, pero que ha ido avanzando a rastras, al menos en las zonas indígenas a las que nos hemos acercado. Un número redondo que nos indica el tiempo que llevamos por allí intentando cumplir el mensaje de Jesús de Nazaret, procurando dar a nuestros hermanos algo de lo material que nosotros tenemos, poco o más, según nuestras posibilidades, y el mayor amor posible mediante el rezo por ellos, para que algún día renazcan para mejorar su existencia, para disfrutar de una formación más adecuada al tiempo que vivimos, y, sobre todo, para ser los hombres y mujeres que nuestro Dios pensó que deberíamos ser cuando creó la especie en la tierra. Son ya más de ocho años de entrega, 3.044 días pensando en aquellas personas que de alguna forma hemos tomado bajo nuestro patronazgo, tan alejadas de nosotros, viviendo de una forma difícil de imaginar por aquellos roquedales, aquellas montañas que tantas veces nos describe Raúl, y últimamente las Hermanas.



En esta oportunidad nos hemos recluso un fin de semana en el monasterio de Santa María de Sobrado, más conocido por monasterio de Sobrado de los Monjes, en la localidad gallega de Sobrado. Fundado en 952, existen datos de que en el siglo XII estuvo abandonado, pasando por diferentes propietarios hasta que en 1142 San Bernardo de Claraval envía una comunidad de la Abadía que regenta, produciéndose su esplendor durante los siglos XII y XIII, con un posterior decaimiento hasta que en 1498 se incorpora a la congregación de San Bernardo de Castilla, dando comienzo la reconstrucción que se conserva en la actualidad, terminando la iglesia en el XVIII para ser consagrada en 1708. Pero llega la desamortización de Mendizabal y la destrucción de todo el patrimonio religioso español, y sus edificios son vendidos por separado a particulares. Tendría que llegar 1954 para que el cardenal

Fernando Quiroga, arzobispo de Santiago de Compostela, iniciara nuevamente su reconstrucción enviando, para poblarla, en 1966, una comunidad de monjes de la Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia que son quienes lo rigen en estos momentos.

Durante la estancia en el monasterio tuvimos la oportunidad de asistir a rezo de las horas y, fundamentalmente, a la misa dominical que dedicamos a todos nuestros amigos guatemaltecos, pidiendo al Señor por cada uno de ellos, por sus familias, por su salud, por sus viviendas, porque consigan en algún momento una vida digna, si no en los montes que ahora habitan, sí en las zonas habitadas en las que puedan disfrutar de los avances de la civilización. Durante la consagración, tras pedir al P. Abad autorización, volteamos todas las campanas de sus torres tañéndolas a rebato para que su sonido se extendiera por los montes galaicos, pidiendo al Señor no olvide a esos pueblos abandonados por los hombres.

Si quieres hacer una aportación periódica, te sugerimos nos envíes el boletín adjunto, una vez relleno con tus instrucciones, y Fratisa enviará un recibo contra tu cuenta corriente con la periodicidad e importe que nos indiques.

Nombre _____ Teléfono fijo _____
Móvil _____ Fax _____ Correo-e _____
Dirección _____ n° _____ Piso _____
Localidad _____ CP _____ Provincia _____

Cuota de socio _____ € (mínimo 10 € mes)

Nº de cuenta Iban: ES _____

Cuota: Mensual; Trimestral; Semestral; Anual; donativo único

Titular de la cuenta _____

También puedes hacer tu donación ingresando en la cuenta abierta a nombre de Fratisa en Deutsche Bank, Bravo Murillo 359, de Madrid

Iban ES27.0019.0353.5440.1004.1772